



# CAMPO Y CAMPESINOS EN LA ESPAÑA MODERNA

## CULTURAS POLÍTICAS EN EL MUNDO HISPANO

MARÍA JOSÉ PÉREZ ÁLVAREZ  
ALFREDO MARTÍN GARCÍA

(EDS.)

[ENTRAR]

# CRÉDITOS

CAMPO y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispánico (Multimedia)/María José Pérez Álvarez, Laureano M. Rubio Pérez (eds.); Francisco Fernández Izquierdo (col.). – León: Fundación Española de Historia Moderna, 2012

1 volumen (438 págs.), 1 disco (CD-Rom): il.; 24 x17 cm.

Editores lit. del T. II: María José Pérez Álvarez, Alfredo Martín García

Índice

Contiene: T. I: Libro – T. II: CD-Rom

ISBN 978-84-938044-1-1 (obra completa)

ISBN T. I: 978-84-938044-2-8 (del libro)

ISBN: 978-84-938044-3-5 (CD-Rom)

DEP. LEG.: LE-725-2012

1. Campesinado-España-Historia-Edad Moderna 2. Culturas políticas-España-Historia I. Pérez Álvarez, María José, ed. lit. II. Rubio Pérez, Laureano M., ed. lit. III. Martín García, Alfredo, ed. lit. IV. Fernández Izquierdo, Francisco, col. V. Fundación Española de Historia Moderna. VI.

323.325(460)''04/17''

316.74:32(460)

## **Edición:**

Fundación Española de Historia Moderna  
C/Albasanz, 26-28 Desp. 2E 26, 28037 Madrid (España)

© Cada autor de la suya

© Fundación Española de Historia Moderna

© Foto portada: *Mataotero del Sil*

## **Editores de este volumen:**

María José Pérez Álvarez

Alfredo Martín García

## **Coordinación de la obra:**

María José Pérez Álvarez

Laureano M. Rubio Pérez

Alfredo Martín García

## **Colaborador:**

Francisco Fernández Izquierdo

## **Imprime:**

Imprenta KADMOS

Compañía, 5

37002 Salamanca

[VOLVER]



# Ceremonia y espectáculo en la fundación de conventos femeninos en la Edad Moderna: la llegada y recepción de las *monjas fundadoras*<sup>1</sup>

Ángela Atienza López  
Universidad de La Rioja  
angela.atienza@unirioja.es

## Resumen

El objetivo fundamental de este trabajo es incorporar al corpus de conocimiento de las ceremonias y espectáculos barrocos una modalidad específica y particular que hasta el momento prácticamente no ha recibido atención alguna: las ceremonias de entrada y de recepción en las poblaciones de las que eran llamadas “*monjas fundadoras*”, los actos ceremoniales que se desarrollaban con este motivo y en torno a la toma de posesión del nuevo convento. Se trata de funciones solemnes en las que se dieron cita muchos de los ingredientes del espectáculo religioso-político barroco, que en parte pueden asimilarse a las ceremonias de entradas reales o episcopales, con las que compartirían algunas características, pero también presentan sus propias particularidades y significados, que es preciso determinar y analizar. Principalmente, se trata de dar a conocer estas celebraciones, caracterizarlas en el marco historiográfico de referencia y analizar su desarrollo, significados y sus mensajes a través de algunos ejemplos concretos.

## Palabras clave

Ceremonias; fiesta barroca; monjas; entradas rituales; fundaciones conventuales.

## Ceremonies and performances in nuns' convents foundations during the Early Modern Ages: the “founding nuns” arriving and reception

## Abstract

This paper tries to incorporate to our knowledge of baroque festivals and ceremonies an specific mode which has not received any attention up to now: the “*founding nuns*” arriving and reception, the ceremonials that took place then and about their coming to a new convent. They are solemn functions that join many ingredients of the baroque religious and political spectacles. Partly, they can be assimilated to the ceremonies of royal and episcopal entries, with which they share some characteristics, but they also have their own particularities and meanings that should be analysed. Our main objectives are to raise awareness of these ceremonies, characterize them in the historiographical context and analyse their development, significance and meanings through some case studies.

## Keywords

Ceremonies; baroque festivals; nuns; ritual entries; convent foundations.

El interés historiográfico de los modernistas por el estudio de las celebraciones, de las ceremonias, de las fiestas y fastos ha ido en aumento en las últimas décadas. La literatura sobre el tema es ya muy amplia, pero queda todavía campo para el análisis y la investigación histórica y desde luego para seguir completando la nómina de espectáculos solemnes y ceremoniales que se desplegaron y celebraron en aquella sociedad de Antiguo Régimen<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación de referencia HAR2011-28732-C03-02 que se desarrolla gracias a la financiación del Ministerio de Economía y Competitividad.

<sup>2</sup> La bibliografía disponible sobre fiestas y celebraciones en la Edad Moderna es amplísima, de modo que limitaré las referencias a algunos trabajos que incorporan un buen estado de la cuestión y una cuidada selección bibliográfica, como el de LÓPEZ, R. J. (1995). *Ceremonia y poder a finales del Antiguo Régimen. Galicia, 1700-1833*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela. Y, más reciente, el trabajo insustituible de

La inauguración de un nuevo convento —y se inauguraron muchos a lo largo de la Edad Moderna— era un gran acontecimiento religioso, pero también se convertía en una gran efemérides social y política en la localidad que lo acogía y en su entorno<sup>3</sup>. Cuando el convento era femenino, la llegada de las primeras monjas, procedentes de otros, solía solemnizarse y desarrollarse ceremonialmente, convirtiéndose en un evento público de notable trascendencia, con sus propias pautas y significados y desde luego, en una oportunidad para añadir elementos de gloria a las elites, a las autoridades seculares y religiosas y, por supuesto, a las familias que habían impulsado el establecimiento conventual.

El objetivo fundamental de este trabajo es incorporar al corpus de conocimiento de las ceremonias y espectáculos barrocos esta modalidad específica y particular que hasta el momento prácticamente no ha recibido atención alguna: las ceremonias de entrada y de recepción en las poblaciones de las que eran llamadas “*monjas fundadoras*”, los actos ceremoniales que se desarrollaban con este motivo y en torno a la toma de posesión del nuevo convento.

Son numerosas las cuestiones que forman parte de la agenda de investigación que abrimos aquí, pero su desarrollo excede el espacio disponible. Fundamentalmente, planteamos este trabajo con el propósito de iniciar el estudio de estas celebraciones, caracterizarlas en el marco historiográfico de referencia y analizar su desarrollo, sus significados y sus mensajes a través de algunos ejemplos concretos.

Se trata de funciones solemnes en las que se dieron cita muchos de los ingredientes del espectáculo religioso-político barroco, que en parte pueden asimilarse a las ceremonias de entradas reales o entradas episcopales, con las que compartirían algunas características, pero también presentan sus propias particularidades y significados, que es preciso determinar y analizar. En cualquier caso, se trata de galas que deben ser incluidas en el catálogo de “ceremonias extraordinarias”, en el sentido de que no constaban en el calendario litúrgico y festivo anual.

Las fuentes para acometer este trabajo son dispersas. No fue frecuente que se imprimiera su relato literario, como sucedía con otros festejos, más bien al contrario, pero sí han quedado noticias en el variado repertorio de “*Relaciones de sucesos*”<sup>4</sup>. No obstante, mucho más ricos en detalles son los relatos que en algunos casos nos han dejado los cronistas de las órdenes religiosas en sus respectivas crónicas, que serán nuestras fuentes principales ahora, los que

---

GARCÍA BERNAL, J. J (2006). *El fasto público en la España de los Austrias*. Sevilla: Universidad de Sevilla. También remitiré a libros que compilan interesantes contribuciones, como TORRIONE, M. (Ed.) (2000). *España festejante: el siglo XVIII*. Málaga: Diputación de Málaga; también la de GONZÁLEZ ENCISO, A. y USUNÁRIZ, J. M<sup>a</sup> (dirs.) (1999). *Imagen del rey, imagen de los reinos. Las ceremonias públicas en la España Moderna (1500-1814)*. Pamplona: Eunsa, la de LOBATO, M<sup>a</sup> L. y GARCÍA GARCÍA, B. J (coords.) (2003). *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*. Valladolid: Junta de Castilla-León, y la de MOLINA RECIO, R. y PEÑA DÍAZ, M. (coords.) (2006). *Poder y cultura festiva en la Andalucía Moderna*. Córdoba: Universidad de Córdoba. Y, por centrarse de forma especial en el ámbito religioso, citaré AGOSTINO, M.; CADILHON, F.; LOUPÈS, P. (dirs.) (2003). *Fastes et cérémonies. L'expression de la vie religieuse, XVIe-XXe siècles*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux. También, GONZÁLEZ CRUZ, D. (Ed.) (2002). *Ritos y ceremonias en el mundo hispano durante la Edad Moderna*. Huelva: Universidad de Huelva. Y, la obra más reciente DOMPNIER, B. (Dir.) (2009). *Les cérémonies extraordinaires du catholicisme baroque*. Clermont-Ferrand: Presses Universitaires Clermont-Ferrand. Igualmente, algunos de los trabajos de ÁLVAREZ SANTALÓ, L. C. (2010) compilados en su obra *Dechado barroco del imaginario moderno*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

<sup>3</sup> Sobre la gran expansión fundacional, ATIENZA LÓPEZ, A. (2008). *Tiempos de conventos. Una historia social de las fundaciones en la España Moderna*. Madrid: Marcial Pons.

<sup>4</sup> Remito a la página web *Boletín informativo sobre Relaciones de sucesos españoles en la Edad Moderna*. <<http://www.bidiso.es/boresu>>

se imprimieron sobre fundaciones conventuales, también los textos manuscritos con los que algunas veces se abrían los libros mayores de algunos conventos o las biografías de algunas de esas monjas fundadoras protagonistas, algunas de las cuales también utilizaremos aquí. También, aunque ya de forma más excepcional, como decimos, contamos con alguna “*Relación de la fiesta solemnísim...*” que se escribió con motivo de una fundación de especial notoriedad, como la anónima sobre la traslación del convento madrileño de la Encarnación que había fundado la reina Margarita, por ejemplo<sup>5</sup>.

Pero el objeto de este estudio no serán estas solemnidades particulares, de gran trascendencia por su carácter de fundación regia, sino las desarrolladas en torno a fundaciones más comunes. Este trabajo se construye sobre el estudio de los siguientes ejemplos de festejos y ceremonias de recepción de monjas y tomas de posesión conventual, si bien el grado de detalle particular que dediquemos a unos y otros en el discurso será dispar<sup>6</sup>. Las agustinas descalzas de Almansa (Albacete)<sup>7</sup>, las agustinas descalzas de Segorbe (Castellón)<sup>8</sup>, las franciscanas clarisas de Arizcun (Navarra)<sup>9</sup>, las concepcionistas de San Luis de Burgos<sup>10</sup>, las agustinas descalzas de Murcia<sup>11</sup>, las carmelitas descalzas de San Sebastián<sup>12</sup> y las de Reus<sup>13</sup>, las franciscanas concepcionistas de Estella (Navarra)<sup>14</sup>, las agustinas descalzas de Ollería (Valencia)<sup>15</sup>, las capuchinas de Castellón<sup>16</sup> y las carmelitas descalzas del convento de Calatayud (Zaragoza)<sup>17</sup>.

De la fundación del convento de agustinas descalzas en Almansa en 1609 contamos con dos relatos especialmente ricos en información, uno corresponde a la pluma de Jordán, cronista de la orden, y el otro a la del biógrafo de una de las religiosas que lo protagonizaron. En ambos se ofrecen detalles suficientes que nos pueden ayudar a evocar la forma en la que se celebraba la llegada de las monjas a un convento de nueva fundación y los ingredientes de estas ceremo-

<sup>5</sup> A ella hago referencia en ATIENZA LÓPEZ, A. (2008). *Tiempos de conventos...*, op. cit., pp. 136-137.

<sup>6</sup> Ofrecemos ahora la referencia completa de la fuente en cada caso, de modo que nos exima de repetirlas cada vez que de cualquiera de ellas aportemos algún dato, a menos que sea necesario para evitar confusiones. En torno a la consideración de las crónicas de las órdenes religiosas como fuente histórica, puede verse ATIENZA LÓPEZ, A. (2012). “Las crónicas de las órdenes religiosas en la España Moderna. Construcciones culturales y militantes de época barroca”. En Atienza, A. (ed.); *Iglesia Memorable. Crónicas, historias, escritos... a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*. Madrid: Silex, pp. 25-51.

<sup>7</sup> Las fuentes manejadas son JORDÁN, J. (1712). *Historia de la Provincia de la Corona de Aragón de la Sagrada Orden de los Ermitaños de N. Gran Padre San Agustín*. Tomo II. Valencia: pp. 530-534. Y, CARRASCO, J. (1746); *La Phenix de Murcia. Vida, virtudes y prodigios de la Venerable Madre Mariana de San Simeón, fundadora de los conventos de Agustinas Descalzas de Almansa, y Murcia...* Madrid: Capítulo VII, pp. 132 ss.

<sup>8</sup> JORDÁN, J. (1712). *Historia de la Provincia de la Corona de Aragón...*, op. cit., pp. 679 ss.

<sup>9</sup> GARAY, M. (1742). *Compendio chronologico con nuevas adiciones a la Primera parte de la Crónica de la Santa Provincia de Burgos*. Pamplona, pp. 174 ss.

<sup>10</sup> Ibid., pp. 143-144.

<sup>11</sup> CARRASCO, J. (1746); *La Phenix de Murcia...*, op. cit., pp. 200 ss.

<sup>12</sup> SANTA TERESA, A. de (1739). *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia hecha por Santa Teresa de Jesús en la antiquissima Religión fundada por el gran profeta Elías*. Tomo Séptimo. Madrid: pp. 481 ss.

<sup>13</sup> Ibid., pp. 181 ss.

<sup>14</sup> GARAY, M. (1742). *Compendio chronologico...*, op. cit., pp. 170-173.

<sup>15</sup> JORDÁN, J. (1712). *Historia de la Provincia de la Corona de Aragón...*, op. cit., pp. 611 ss

<sup>16</sup> VELA, J. de (1740). *Idea de la perfecta religiosa en la vida de la Ven. Madre Sor Josepha María García, hija del Real Convento de Capuchinas de la villa de Castellón de la Plana...* Valencia: pp. 21-22.

<sup>17</sup> SANTA TERESA, J. de (1683). *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia hecha por Santa Teresa de Jesús en la antiquissima Religión fundada por el gran profeta Elías*. Tomo Tercero. Madrid: pp. 414 ss.

nias, al tiempo que incorporan también notas significativas sobre el mundo social y religioso que acompañaba a la creación de un convento femenino en aquellos tiempos de Antiguo Régimen<sup>18</sup>.

En Almansa, las monjas que iban a tomar posesión del convento recién fundado procedían de otro convento también de muy reciente fundación: el de Denia. Fueron cuatro las religiosas que hicieron su entrada en Almansa el día de Reyes de 1609<sup>19</sup>. Como es retórica habitual en este género, la entrada se hizo “*con general aplauso y alegres demostraciones*”. Se trataba, sin duda, de una celebración festiva y alegre.

El recibimiento es siempre mencionado en estos relatos. El acto de recepción era preparado con antelación. Conformaba una pieza fundamental del ceremonial, con un importante significado y simbolismo. Eran actos a través de los cuales la población expresaba su acogida a las religiosas y las festejaba. El relato de la llegada de las carmelitas descalzas a Reus lo explicaba bien: las monjas eran “*cortejadas, asistidas y celebradas*”, de modo que con estas funciones se proclamaba el establecimiento de los vínculos que iban a unir a éstas con la población, y en la afirmación de ello también pretendía manifestarse y reforzarse la cohesión social. En esa medida, se trataba de actos de integración. Pueden interpretarse, igualmente, como ceremonias que incorporaban los ingredientes significativos propios de los rituales de entrada y de recepción<sup>20</sup>.

En este acto se volcaba el conjunto de la población, sus fuerzas vivas y todos los vecinos. En efecto, salieron a recibir a las monjas “*la Justicia, con toda la Nobleza, y Pueblo*”. Pero también seguían a éstos “*otros muchos circunvezinos*”. El interés superaba el ámbito de lo local. La noticia de la fundación y de la llegada de las monjas había llegado a otras poblaciones, y éstas también habían querido sumarse. Es muy habitual que los cronistas rememoren este concurso amplio y extralocal.

Como tantas otras ceremonias y celebraciones públicas, ésta también se convertía en ocasión para manifestar grandeza, estatus y poderío. No se perdía oportunidad para ello, por mucho que el acto fuera de carácter circunstancial, aunque también cabe pensar que pueda ser éste un juicio de valor errado y que, en aquellas poblaciones, cualquier motivo de celebración se rodeaba de aparato escénico como si fuera una gran gala. Sólo debían diferir las dimensiones, la magnitud, no los ingredientes de la pompa. Por eso, aquí también concurrió no poca gente a caballo, también se consideró momento oportuno para el lucimiento. Los caballos eran uno de los indicativos más reconocidos de nobleza, evocaba linaje caballeresco. Su presencia permitía la exhibición personal, pero también contribuía a dar magnificencia a aquel acto: “*que con grande luzimiento de sus personas, y adorno de los cavallos, hizieron mas ostentoso el recibimiento*”. Carrasco, por su parte, precisará que toda esta nobleza que iba a caballo también vestía de gala, con ricos aderezos, “*a competencia*”, eso era lo que estaba en juego. La comitiva era numerosa, y también mantenía su jerarquía: “*cuya numerosa lucida comitiva, en numero de sesenta, lleva-*

<sup>18</sup> Todas las referencias que haga a esta fundación proceden de Jordán. A esta fuente remito para no multiplicar las citas. Cuando refiera la fuente correspondiente al otro relato, lo mencionaré expresamente en el texto, como Carrasco. Las referencias, en nota 7.

<sup>19</sup> La madre Francisca de San Agustín, por Priora, y las madres Mariana de San Simeón, Constanza de la Concepción y Paula de San Antonio, para los demás oficios. El relato de Carrasco enfatiza que apenas hubo en Almansa quien no saliese a venerar a estas religiosas, de las que se habían oído tantas alabanzas. En referencia, claro, a la madre Mariana de San Simeón.

<sup>20</sup> También hay abundante bibliografía sobre estas “ceremonias de entrada” regias, o episcopales, o los actos de recepción de reliquias. Remito también a las obras compilatorias y a los repasos bibliográficos citados en la nota 2.

ba a su frente al Ilustrísimo Don Juan Faxardo de Mendoza, señor de Monte-Alegre, y uno de los más principales Señores de todo el Reyno”. La contraposición de la distinción y nobleza con lo vulgar y popular sigue inmediatamente en el relato de Carrasco: “*Seguianse vistosas danzas, y alegres instrumentos, con que la vulgar multitud explicaba su alegría; y en toda la campaña resonaban vitores, y aclamaciones...*”.

Otro de los clásicos en estos repertorios festivos barrocos fue el formado por las danzas. También en este caso hubo diversas danzas y “*otras intervenciones festivas*”, que expresaban también ese carácter de alegría que se daba a la llegada de las monjas y es otra de las manifestaciones de cómo un elemento más propio de los festejos profanos se incorporaba a los fastos de perfil religioso.

Pero aún habría otros elementos en el festejo que presentan opciones de análisis interesantes. Es oportuno destacar cómo en estas ceremonias en las que participaba y confluía la totalidad del espectro social, clases dirigentes y pueblo, también se producía otro tipo de convergencia de lo popular y lo elitista, conviviendo las expresiones de festividad más popular con las manifestaciones más cultas y eruditas. Las danzas y esas intervenciones festivas fueron seguidas de otras demostraciones de contenido más docto: composiciones de “*versos de gran erudición*”, y “*Geroglíficos de singular ingenio*”.

En el relato de Carrasco todavía se detalla más y se explica que las monjas fueron conducidas con todo este aplauso hasta la iglesia parroquial, donde las esperaban en forma de comunidad los padres franciscanos descalzos y el resto de clero, no sólo de Almansa, sino también de los lugares circunvecinos. Era éste el momento en el que el sector eclesiástico pasaba a protagonizar formalmente la recepción y acogida. Se cantaría el *Te Deum* y luego las religiosas fueron conducidas a casa de los fundadores. Conviene también notar que en todos los relatos, la mención a la acción de las monjas es siempre pasiva: eran llevadas, eran traídas, eran conducidas... Eran protagonistas, pero con un protagonismo compartido, como veremos, de ceremonias y espectáculos preparados, pautados y dirigidos por otros.

Los actos no terminaban con la recepción festejante a las monjas. En estas celebraciones, todavía quedaba la secuencia de mayor solemnidad y gravedad, que naturalmente debía tener también carácter y trascendencia pública. Si lo elitista y lo popular, lo popular y lo erudito convergían en estas ocasiones, según hemos visto, también lo hacían lo profano y lo sagrado. La colocación del Santísimo Sacramento en la iglesia del nuevo convento y la puesta en clausura de las monjas constituían el momento de mayor formalidad. En Almansa, se dejó este acto para el día siguiente. Como en tantas ocasiones de celebraciones festivas, la duración de las mismas se prolongaba durante más de una jornada. A veces, bastante más. En este caso, el cronista no aporta los pormenores de los aparatos y protocolos con los que se desarrollaba, sólo escuetamente menciona su desarrollo espléndido y majestuoso. Pero sí podemos, a través de Carrasco, evocar con algo más de detalle todo ello, y volvemos a ver cómo se reproducían fórmulas de otras celebraciones. Se habían engalanado las calles, tampoco faltaba la intervención de los sonidos y de la música, ni por supuesto la requerida procesión solemne, cuyas características podremos examinar en otros ejemplos. Los actos de esa jornada culminaban con una misa en la que predicaría el visitador del Patriarca Ribera, que había conducido desde Denia a las monjas.

Pero la fundación del convento de las agustinas descalzas de Almansa y los actos que se desarrollaron en torno a su inauguración formal también aportan otros elementos de interés para



el análisis histórico. Nos referimos ahora a cómo todas estas acciones se concibieron también como oportunidades para la consolidación y el refuerzo del honor y del prestigio particular —el familiar, el del apellido— vinculado a la dimensión de lo religioso y de lo sacro. Es ésta otra de las vertientes en que es posible apreciar la convergencia de esferas diferentes, en este caso, la de lo público y lo privado.

El nuevo convento de Almansa constituía todo un orgullo para la población local. Los eventos de recepción de las monjas habían sido espléndidos, de participación masiva y habían superado incluso los marcos reducidos a la población local. Los actos de la colocación del Santísimo Sacramento y la clausura de las monjas llegadas de Denia habían sido magníficos y, en esa medida, memorables. Pero todo este capital simbólico y representativo todavía tenía recorrido para más despliegue honorífico, ahora directamente con beneficiarios bien determinados y particularizados: los propios fundadores. No cabe duda de que el hecho de la fundación conventual por sí mismo significaba ya un buen caudal de prestigio para sus promotores, las galas de inauguración lo multiplicaban, pero aún había espacio para más, para subrayar el protagonismo privado, para que el centro de atención convergiera, también solemnemente y de forma directa en las personas y familias fundadoras. Religiosas doblemente.

El convento había sido fundado por doña Ana Galiano y por su hermano, el bachiller y comisario del Santo Oficio, Lázaro Galiano. Doña Ana había quedado viuda y disponía de “*muchos bienes de fortuna*”. Su comportamiento se ajustaría perfectamente al prototipo de otras mujeres que promovieron fundaciones conventuales femeninas y que concibieron éstas para dar salida honorable a su estado de viudedad, una vida de recogimiento y de retiro<sup>21</sup>. Así lo hizo doña Ana, y lo hizo con evidente notoriedad. Su ingreso en clausura enlazaría con los fastos fundacionales anteriores ya mencionados y se convertiría en el último acto de las mismas. Así, el mismo día 7 de enero, por la tarde tendría lugar la celebración de la toma de hábito de la fundadora, que quiso llevar por nombre religioso el de Ana del Santísimo Sacramento, significativamente añadiendo al suyo de Ana el de la advocación del propio convento. Nos dice Carrasco que para ese momento también iría el Visitador “*con un lucido acompañamiento de Damas, y Cavalleros*”.

Interesa recuperar también lo que indica el cronista a continuación: “*y para luzimiento de la obra que avia hecho, se llevó en su compañía a dos sobrinas suyas, que tomaron el Abito juntamente con ella dicho día por la tarde*”<sup>22</sup>. Es el mismo cronista, por tanto, el que nos ofrece la interpretación de todo aquello: *para lucimiento...*, es ésta la lectura que hacían los mismos contemporáneos. Por lo demás, también doña Ana reproducía el comportamiento de tantas mujeres de los sectores acomodados que entraban en los conventos: procurarse compañía familiar, concibiendo el cenobio como una extensión de su vida anterior y quizás también buscando por esta vía reforzar su papel en el seno de la comunidad religiosa. Carrasco mencionará que una de las sobrinas, Mariana de San José, sería después priora del convento.

La oportunidad de estos fastos de inauguración para el ensalzamiento personal es visible en muchos otros casos. Carrasco nos ofrece también el de la fundación de las agustinas descal-

<sup>21</sup> Detallo esta realidad en ATIENZA LÓPEZ, A. (2008). *Tiempos de conventos... op. cit.*, pp. 327 ss. Y sobre todo, el epígrafe titulado “Fundaciones de viudas nobles. El prototipo de viuda retirada”.

<sup>22</sup> “*La una de estas sobrinas se llamó María de San Joseph, que entró de 15 años no cumplidos; y la otra, que era hermana suya, y se llamó Francisca de Jesús, le tomó de 14 años, y murió a los dos meses*”.



zas de Murcia. Las monjas que llegaban, con la madre San Simeón a la cabeza, fueron recibidas por lo más granado de la ciudad y fueron llevadas a la casa de la señora Fajardo “*donde ya al rumor de que venía una Santa viva, había concurrido oficiosa la multitud*”. En este caso, la hermana de la fundadora, que ya era profesa en el convento de Santa Isabel, quiso tomar el hábito de agustina descalza, en compañía de su hermana, el mismo día de la toma de posesión. Indica Carrasco que se juntó en la parroquia para emprender la procesión “*la Nobleza de ambos sexos, parte por el deudo tan honroso, que tenían con la Señora Fundadora, que era de lo mas ilustre del Reyno, y parte por amistoso combite de las interessadas entre las cuales era una Doña Luisa de Santa Cruz*”, que también había querido profesar en el convento. Se detiene el autor en describir con detalle la imagen procesional de esta doña Luisa, que “*llevaba un precioso trage de tela de oro en campo blanco, con cabos encarnados, symbolo de su pureza, y de su amor, que hacia brillar mucho mas la bien repartida pedrería de preciosisimos diamantes...*”, prueba de cómo también convergían en el espectáculo la magnífica opulencia con la pobreza que enarbolaba la orden descalza. También aquí las monjas fundadoras desfilaban entre los miembros del clero, con velas encendidas en las manos y caídos los velos sobre sus rostros. Luego retomaremos esta escenografía.

También evoca Carrasco los adornos que engalanaban las calles por donde discurría la marcha: ricas tapicerías, y magníficos altares... Ciertamente, estas ceremonias, que calificamos de “extraordinarias” discurrían y se celebraban siguiendo los patrones y los moldes de las ordinarias.

Cuando entraron en clausura se celebró la “*sagrada ceremonia de los Habitos, concurriendo a ella la Nobleza principal*”. La primera que lo tomó fue doña Luisa Fajardo, después su hermana, la tercera doña Luisa de Santa Cruz.

El análisis de las formas, significado y trascendencia de estas ceremonias extraordinarias puede ser ampliado con el estudio de otros casos. Sólo cuatro años después de la de Almanza, ya en 1613, tenía lugar una nueva fundación de la misma orden religiosa en Segorbe. Para estas fechas, la localidad tenía ya cuatro conventos en sus términos, pero éste iba a ser el primer cenobio femenino. Su fundador: el ilustre obispo de Segorbe, don Pedro Ginés de Casanova<sup>23</sup>. En este caso, las monjas fundadoras procedieron del convento de santa Úrsula de Valencia. Eran cinco. Las religiosas no realizaban los viajes solas<sup>24</sup>. También el cronista nos indica y nos ofrece la señal sobre la que interpretar esta circunstancia. Se trataba de un asunto con el que debía procederse con la debida consideración: las monjas debían ser convenientemente acompañadas, protegidas<sup>25</sup>.

La llegada a Segorbe también era un acontecimiento esperado, y sus actos convenientemente preparados. Allí estaban todos: “*fueron recibidas con ostentosos aparatos del Go-*

<sup>23</sup> La fuente dice “don Pedro Genís”, aspecto que debe tenerse en cuenta en lo que relatamos más adelante. Las referencias que aporot proceden todas de JORDÁN, J. (1712). *Historia de la Provincia...*, op. cit., pp. 679-681.

<sup>24</sup> En otros casos, también se hace referencia explícita a esta circunstancia. Las monjas capuchinas que fueron a fundar a Castellón procedían de Alzira, y también viajaron acompañadas de “*una muy seria comitiva de Presbíteros, designados por el Señor Arzobispo*”.

<sup>25</sup> Estamos, naturalmente, ante fundaciones que se realizaban en el marco de lo pautado y preparado con el debido miramiento. No está de más recordar que también hubo llegadas de monjas y fundaciones nocturnas y clandestinas. Pueden verse ejemplos en ATIENZA, A. (2008). *Tiempos de conventos...*, op. cit. Y, con mucho interés, CATALÁN, E. (2012). “La aventura de fundar. La versión heroica de las crónicas religiosas”. En Atienza, A. (ed.). *Iglesia Memorable. Crónicas, historias, escritos... a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*. Madrid: Silex H, pp. 231-250.

*vernador, Jurados, Nobleza, y Pueblo*". Nuevamente se escenificaba el ritual de entrada y de recepción, como se acostumbraba: a las puertas de la ciudad. La mirada —o la elaboración literaria<sup>26</sup>— que nos devuelve el cronista de la escena ofrece también muchos detalles de su desarrollo y del papel diferenciado de los distintos protagonistas. Las fuerzas vivas locales, el Gobernador y los Jurados, eran los que se dirigían a las carrozas de las que bajaban las monjas para darles personalmente la bienvenida. Al pueblo le quedaba reservado la aclamación, la ovación, el papel de comparsa, pero es bien cierto que era un papel importante, por imprescindible. La pluma del cronista refiere su actuación con una expresión —“*confusas voces*”— bien significativa de lo despersonalizado de la misma, o de la visión masificada y vulgarizada que de ella se hacía. Ahora bien, también tiene mucho interés subrayar que esas “confusas voces” daban “*el parabien al Fundador, que las traía, diciendo a gritos: Viva Don Genís, que solo quien es tan santo podía aver traído tantas santas Señoras a este Obispado*”. Un texto bien interesante, que pone de manifiesto la recepción popular de una fundación conventual, el reconocimiento entusiasta y agradecido de las poblaciones locales hacia quienes eran los promotores y fundadores expresado en esos vítores, lo que hay en ello de legitimación del poder y del orden. Pero se trata de un texto que también ayuda a entender la interpretación que se hacía de esas fundaciones, la contribución a la sacralización de la localidad protagonista, que recibían la llegada de “*tantas santas*”.

El acto de recepción de las religiosas todavía se prolongaría con otras manifestaciones. Lo que contenía, según hemos apuntado, de signo de integración en la nueva localidad continuaba su manifestación con su acompañamiento en cortejo por las calles de la localidad, la plaza mayor... hasta el templo de Santa María. Se compuso “*una Procesión de gran pompa*”. Y es que, como es perfectamente sabido, las procesiones constituían uno de los ingredientes más comunes de las celebraciones públicas, profanas y religiosas del Antiguo Régimen. Eran los actos que expresaban y aportaban, al mismo tiempo, cohesión social y vínculos en el seno de las poblaciones, sin renunciar a ser declaración también de su jerarquización, de su debido orden. Hay dos elementos en esta procesión, que se repiten en otras muchas expresadas en otros relatos y en las crónicas de otras entradas y recepciones fundacionales y que tienen un especial interés.

El primero es el relativo al papel en que se sitúa a las religiosas agasajadas en lo que, evidentemente, era un acto protocolario y, por tanto, sometido a sus pautas correspondientes. Cada una de las monjas desfilaba en medio de dos Jurados. ¿Quién era el protagonista?. Ciertamente, cabe pensar que el protagonismo se compartía, que los oligarcas acompañantes encontraban en este escenario un buen material para incrementar su ascendencia moral y para cimentar su propia autoridad. Ellos representaban ahí el papel de escudos protectores de aquellas religiosas, que, a su vez, se mostraban protegidas, transmitiendo también esa idea de necesitadas de tutela y custodia y suscribiendo, de esta manera, el papel que Trento y la sociedad postridentina les había adjudicado. En definitiva, lo que se mostraba y reforzaba aquí también era el orden social en su triple faceta, la jerárquica, la religiosa y la de género.

No en todas estas comitivas procesionales las monjas desfilaban en medio de las autoridades civiles. En los casos que nos están sirviendo de fuente para el estudio se muestra con

<sup>26</sup> En nuestra interpretación de estos textos, y admitiendo que el cronista no hubiera sido espectador directo de los hechos, no deja de ser una trasposición de lo que conocía, directamente por su presencia en otros iguales, o por relatos y fuentes de otros similares.

mayor frecuencia un acompañamiento eclesiástico. La disposición sí era siempre la misma: las religiosas aparecen siempre en el centro, en el medio, y por lo tanto, escudadas por otros, pero con mucha frecuencia lo estaban al abrigo de dos sacerdotes o religiosos. Así desfilaron en Olle-ría, en medio de dos sacerdotes, también las carmelitas descalzas que llegaron a San Sebastián *“iban de dos en dos en medio de los Eclesiásticos, cubiertos los rostros con sus velos y con antorchas encendidas en las manos”*. En Arizcun también fueron colocadas las fundadoras clarrisas *“en medio del Clero, llevando en sus manos velas encendidas”*, mientras que en la procesión de las agustinas descalzas de Murcia el acompañamiento variaba en función de la diferente condición de aquellas mujeres. Aquí, las *“pretendientes”* desfilaban escudadas por la Nobleza, mientras que las religiosas fundadoras lo hacían entre los miembros del clero. También otros detalles ofrecidos por el autor nos descubren diferencias, las primeras iban *“todas de gala”*, mientras que las segundas lo hacían *“con velas encendidas en las manos, caídos los velos sobre el rostro”*. Esto las distinguía de forma especial. Y es que, como se ve, el ritual en estos cortejos procesionales mostraba a las monjas llevando velas encendidas en sus manos y con los rostros cubiertos por sus velos. Los cronistas se preocupaban de destacar este componente, que se menciona de forma muy habitual en sus textos. Era en realidad ésta la representación de una procesión de vírgenes, portando los símbolos de pureza: velas y velos. Se subrayaba con esta formalidad la condición de “vírgenes” de estas mujeres, la credencial de mujeres inaccesibles, ni siquiera visibles, sino veladas. Por eso mismo desfilaban convenientemente custodiadas y protegidas, y era el clero y/o las autoridades locales las que representaban esta misión.

En algunos ejemplos, como el de Castellón, esta realidad se mostraba también en el transcurso del viaje hasta la localidad en la que se iba a abrir el nuevo cenobio. Viajaban tapadas con su velo negro. Este extremo recato con el que se exponían se acompañaría también de la exhibición de otra virtud asociada muy especialmente al mundo religioso femenino: el silencio. También en el ejemplo de Castellón se nos dirá que cuando las capuchinas llegaron a la puerta del convento acompañadas por toda la población dieron desde allí las gracias a todo este *“lucido acompañamiento precisamente con una inclinación de cabeza, pero sin hablar palabra”*. De modo que estos desfiles procesionales también desplegaban así signos y significados particularmente vinculados al mundo religioso femenino formalizado, el conventual, el de las formas y fórmulas queridas por Trento, que se expresaban de esta manera: eran los modelos ideales presentados en público, la exaltación pública de esos valores.

Pero retomemos ahora otras trazas del discurrir procesional de Segorbe. Esa demostración del orden social en su triple faceta jerárquica, religiosa y de género que hemos apuntado arriba tendría otra expresión, también particularmente dirigida, en el segundo elemento que debemos resaltar. También en este acto procesional el fundador tenía reservado un papel de especial relevancia y significado, máxime cuando a su condición de fundador unía la de prelado de la diócesis. Y eso significaba la posibilidad de un despliegue más abrumador de recursos simbólicos y de ensalzamiento propio, el particular y el institucional. La procesión terminaba en el templo de Santa María, lugar donde el obispo con su cabildo esperaban a las monjas. No se escapa que el desfile procesional se dirigía hacia el templo de Santa María, pero también hacia el obispo y su comitiva capitular, que allí esperaban. En este caso, donde terminaba el protagonismo del poder civil y secular, comenzaba el del poder religioso, donde desembocaba el primero.



Esta escena convertía al obispo y sus capitulares en receptores de aquella marcha solemne que culminaba en su presencia, una escena de sentido glorificador que subrayaba especialmente la ascendencia del obispo. De él era de quien las religiosas recibían la bendición, y era él también quien mandaba que las llevaran hasta su palacio, donde les ofrecía acogida. Y es en estos actos en los que se manifestaba la autoridad episcopal, pero también la faceta benefactora y paternal de la prelacia.

Este acto ceremonial de recepción no era diferente de otros rituales conocidos. De hecho puede verse que se desarrollaba casi como una copia del que hubo en la toma de posesión de los franciscanos descalzos del convento de san Gil en Madrid, que fue fundación real y en la que la recepción final desembocaba en los soberanos, Felipe III y Margarita de Austria<sup>27</sup>.

Por lo demás, también en este caso se subraya la gran afluencia de público en el desarrollo de la procesión y la concurrencia de gentes de otras diversas localidades. Nuevamente, era la manifestación del eco que un acto de este tipo concitaba.

Un eco que además debía prolongarse en el tiempo y en el que también, como hemos visto en Almansa, se incorporaba el ingrediente cultivado, de la mano de poetas y versos, composiciones que deben entenderse destinadas a mantener viva la memoria de aquellos fastos.

No obstante, la fundación del convento todavía dejaba espacio y ocasión para nuevas demostraciones. Las monjas ya habían llegado, habían sido recibidas con todo tipo de agasajos y solemnidades y estaban alojadas en el palacio episcopal. Aún quedaba pendiente su entrada en el convento, para lo cual se señaló el día 19 de febrero de 1613. De nuevo se reunieron los poderes locales, eclesiásticos y seculares, para asistir y participar en esta otra ceremonia que incluía ahora una misa solemne que se celebraba en la catedral y en la que las monjas fundadoras recibieron el Santísimo Sacramento. Y nuevamente se ponía en marcha el cortejo procesional de “*innumerable gente*”. La procesión formada llevaba el Santísimo Sacramento a la iglesia del nuevo convento, la entrada incluía el canto del *Te Deum Laudamus* y varias oraciones, tras lo cual las religiosas debían pasar a la portería del cenobio. Se repetía de nuevo la escena del día de la recepción. Ahora también en aquella puerta esperaba el fundador y obispo y ejercía de nuevo maestro de ceremonias, ordenando a las monjas que entraran “*para vivir perpetuamente en clausura*”.

Es posible, por tanto, advertir que hay varios elementos que estas celebraciones en torno a la llegada de las monjas y el establecimiento de un nuevo convento femenino compartían. Pueden distinguirse tres “momentos” especialmente significativos: los actos de recepción, la composición de una procesión solemne y la toma de posesión formal y entrada en clausura. Cada uno de ellos podía acompañarse de otras formalidades o galas particulares añadidas.

La recepción de las religiosas constituía, como hemos visto, un acto formalizado y de participación masiva. En Estella, para la llegada de las monjas fundadoras del convento de franciscanas concepcionistas en 1731, que procedían de Ágreda, y venían acompañadas del mismísimo provincial, se dice que salió a recibirlas la muy ilustre ciudad “*en forma de Ciudad*” junto con los caballeros más ilustres y títulos de la misma. El acompañamiento hasta el convento o hasta el alojamiento previsto a la espera de la toma de posesión formal y entrada en clausura solía seguir a las galas de recepción.

<sup>27</sup> Ya pude mostrar la mención a éste en ATIENZA, A. (2008). *Tiempos de conventos...*, op. cit, pp. 133-135.

La celebración de una procesión solemne constituía otro de los actos centrales de estos festejos. El relato de la de Estella proporciona también algún otro detalle de interés que nos puede dar idea de la especial relevancia que podía llegar a adquirir el acontecimiento fundacional. En este caso fue también el prelado, el obispo de Pamplona don Melchor Ángel Gutiérrez Vallejo, quien dispuso la celebración. Ordenaba que se invitase a la ciudad y que se diese aviso a las iglesias parroquiales y a todas las comunidades de religiosos. Todas las corporaciones, por tanto, quedaban citadas para las tres de la tarde, para componer una procesión que, muy significativamente, el cronista nos dice que era “*como la que se acostumbra a hacer el día del Corpus*”, una apreciación que es bien indicativa de la exaltación y la especial trascendencia que se quería otorgar a este acto de fundación de una nueva comunidad religiosa femenina. En este caso, también el cronista explica algo más de su discurrir y nos orienta en la misma dirección interpretativa: el obispo llevaba en sus manos el Santísimo Sacramento y en el recorrido procesional se habían instalado diferentes altares. En cada uno de ellos la comitiva hacía una pausa “*y cantaban sus villancicos los Músicos de la Cathedral de Pamplona*”. En medio de la procesión iban las cuatro monjas fundadoras “*echados sus velos, y con la Imagen de Christo crucificado en sus manos*”. Qué es lo que provocaban en los ojos de quienes las veían, también lo recrea Garay: “*causando veneración, devoción, y ternura al mas numeroso concurso de los que ha visto Estella*”. La llegada al nuevo convento culminaría con la entrada en clausura de las monjas, a quienes daba posesión el propio prelado.

Y es que, ciertamente, cabe subrayar la frecuencia con la que los obispos estuvieron presentes en estas celebraciones de recepción de monjas y de formalización de los nuevos conventos, y no necesariamente sólo en los casos en los que ellos eran los fundadores y promotores de esos cenobios. El caso de Estella no es, por tanto, excepcional. También podemos mencionar la presencia del obispo de Tarazona en Calatayud recibiendo a las carmelitas descalzas en 1604, la del arzobispo de Burgos concurriendo a la recepción de las concepcionistas procedentes de Santa Gadea en 1589, o la del prelado de Lérida ejerciendo de maestro de ceremonias en la recepción de las carmelitas descalzas en Reus...

Se trataba de otra manifestación ceremonial del poder episcopal y del alcance de su jurisdicción. Creo que hay que entender que esta participación protagonista pretendía proyectar el mensaje propiamente tridentino de la presencia del prelado en su diócesis, pretendía ser indicativo y afirmación de esa presencia episcopal en todos los territorios de la diócesis cuando las ceremonias se desarrollaban en otra localidad. Así que estos actos se convertían en la ocasión de reafirmar la autoridad y extender su visibilidad más allá de la ciudad en la que se encontraba la sede. Cabe tener en cuenta que para muchos fieles ésta podía ser la ocasión única de ver a su prelado.

Pero, como hemos apuntado, los fastos extraordinarios podían prolongarse todavía con otros actos. La celebración de la primera misa en la nueva iglesia conventual podía convertirse en ocasión para la gala, como así fue. Al día siguiente de la procesión, era el mismo obispo el que, revestido de Pontifical, celebraba esa primera misa. Y aún se extendería la pompa religiosa el día después, con otra celebración que entiendo estaba preparada particularmente para especial lucimiento de la orden de San Francisco: función en la que sirvió de Preste el Provincial de la orden, y con la asistencia también del obispo y comunidades religiosas fue “*coronada en nombre de la Religión con el sermón que encomendó y predicó*” el Guardián del convento de San Francisco de Pamplona.

También en Estella se aprovechaba la ocasión para remarcar la honorabilidad de los patronos del convento, puesto que se traía por fundadora, principal además –era nombrada “Presidenta”– a la madre sor María Teresa de Jesús, parienta de los patronos.

En definitiva, y como hemos podido ver, todas estas ceremonias compartían elementos e ingredientes escénicos y fueron todas ocasiones para el lucimiento y para el reforzamiento del consenso social y del orden jerárquico y religioso. También para el despliegue y la exaltación pública de los modelos de comportamiento y de los valores tridentinos concebidos para la vida religiosa femenina, conventual y de clausura.

[ÍNDICE]